

Diarios de Bicicleta

David Byrne

Nueva York

En Nueva York voy en bicicleta casi a diario. Cada vez es menos peligroso, pero tengo que ir con bastante cuidado al circular por las calles, a diferencia de cuando pedaleo por el carril bici del río Hudson o por otros caminos protegidos.

En años recientes se han añadido un montón de carriles bici, y las autoridades municipales aseguran que actualmente hay más que en ninguna otra ciudad de Estados Unidos. Desafortunadamente, la mayoría de ellos no son lo bastante seguros como para poder desplazarse tranquilamente, lo cual sí ocurre en el ya casi terminado carril del Hudson o en muchos carriles bici europeos. Esta situación está cambiando, poco a poco. Algunos de los nuevos carriles, son ya más seguros, situados entre la acera y los coches aparcados o protegidos con una barrera de hormigón.

Entre 2007 y 2008, el tráfico de bicicletas en Nueva York se incrementó en un 35 por ciento. Es difícil saber cuál ha sido el orden de los factores: si el aumento de carriles es lo que ha inspirado un mayor uso de la bicicleta o si ha sido al revés. Sospecho felizmente que, al menos de momento, el departamento de transporte y los ciclistas de Nueva York están del mismo lado. A medida que aumenta el número de jóvenes artistas y creativos que se instalan en Brooklyn, también lo hace el número de ciclistas que cruzan los puentes. El tráfico de bicicletas por el puente de Manhattan se cuadruplicó el año pasado (2008), y el del puente de Williamsburg se triplicó. Y estas cifras continuarán aumentando mientras la ciudad siga haciendo mejoras respecto a los carriles bici, los aparcamientos para bicicletas y otros servicios. En este sentido, la ciudad se está anticipando, hasta cierto punto, a lo que ocurrirá en un futuro no muy lejano: mucha más gente usará la bicicleta para ir a trabajar o por diversión.

Montado en una bicicleta, al estar ligeramente por encima de la altura de la vista de los peatones y los coches, se obtiene una visión perfecta del ajetreo de la ciudad en que se vive. A diferencia de muchas otras ciudades norteamericanas, en Nueva York, por lo menos una vez al día, casi todo el mundo tiene que salir a la calle y encontrarse con otra gente: todo el mundo tiene que hacer a diario una breve aparición pública como mínimo. En una ocasión tuve que hacer un viraje brusco para no atropellar a Paris Hilton, que cruzaba la calle con el semáforo en rojo y su perrito en brazos, mirando

a su alrededor como diciendo: «Soy Paris Hilton, ¿no me reconocéis?». Desde el punto de vista de un ciclista, se puede ver casi todo.

Justo delante de un teatro del centro de Manhattan, un hombre pasa por mi lado en una bicicleta: una de esas lowriders de sillín bajo y manillar alto. Es un hombre mayor, de apariencia normal, excepto por un loro monstruosamente grande que lleva sujeto delante de la bici.

Sigo pedaleando y pocos minutos después otra ciclista con loro pasa junto a mí. Esta vez se trata de una mujer de calzado práctico y pinta de leer a Jane Austen. Va en una bici normal, pero también lleva un loro (más pequeño) sujeto detrás... No puedo oír qué música lleva. En la entrada del restaurante paquistaní de mi barrio, en el

revistero junto a la barra, hay una revista llamada: *InvAsian: A Journal for the Culturally Ambivalent*.

¿Qué tienen ciertas ciudades y sitios, que promueven actitudes específicas? ¿Son solo imaginaciones mías? ¿Conforma la infraestructura urbana la vida, el trabajo y la sensibilidad de sus habitantes? Sospecho que bastante. Mucho, me temo. Todo este discurso acerca de carriles bici, edificios feos y densidad de la población no reflexiona solo sobre estas cosas, sino también sobre en qué clase de gente nos convierten esos lugares. No creo que sean imaginaciones mías pensar que la gente que se muda a Los

Ángeles procedente de otro lugar, inevitablemente pierde mucho de su lugar de origen y acaba creando una obra de estilo angelino y convirtiéndose en un personaje angelino.

¿Cambia nuestra conducta creadora, social y cívica según sea el lugar donde vivimos? Yo pienso que sí. ¿Cómo sucede esto? ¿Es algo que nos impregna subrepticamente a través de la presión del entorno y las conversaciones intrascendentes? ¿Se debe al agua, a la luz, al clima?

¿Tiene Detroit una sensibilidad propia? ¿Y Memphis?

¿Y Nueva Orleans? (Sin duda.) ¿Austin? (Ciertamente.)

¿Nashville? ¿Londres? ¿Berlín? (Diría que sin duda hay un sentido del humor berlinés.) ¿Düsseldorf? ¿Viena? (Sí.)

¿París? ¿Osaka? ¿Melbourne? ¿Salvador? ¿Bahía? (Absolutamente.)

Hace poco estuve en Hong Kong y un amigo de allí me comentó que China carece de historia de compromiso cívico. Tradicionalmente, en China solo se tienen que compaginar dos aspectos de la vida: el emperador y su burocracia, y la propia familia. Y aunque esta pueda ser bastante extensa, no incluye a los vecinos ni a los compañeros de trabajo, así que gran parte del mundo queda excluido. Al diablo con ellos. Mientras el emperador o sus ministros

no me acosen, y mi familia esté bien, el mundo va bien.

Ya me había quedado pasmado ante el grado de destrucción en cualquier cosa relacionada con el placer social y la interacción ciudadana en Hong Kong: la absoluta dejadez

en mercados, parques, paseos marítimos, carriles bici (por supuesto). Me asombraba ver cómo cosas diseñadas para el bien común eran en poco tiempo derribadas, privatizadas o reemplazadas por un bloque residencial o de oficinas. Según mi amigo, la vida cívica no forma parte de la cultura. Así pues, al menos en este caso, la ciudad es un fiel reflejo físico de cómo esa cultura se ve a sí misma. La ciudad es una manifestación en tres dimensiones de lo social y lo personal; y lo que estoy sugiriendo es que, a su vez, la ciudad, su realidad física, refuerza esa ética y la recrea a través de las sucesivas generaciones y de la gente que ha emigrado a ella. Las ciudades perpetúan la forma de pensar que las creó.

Quizá cada ciudad posea una sensibilidad única, pero nos faltan palabras para definirla, o tal vez no las hayamos identificado aún. Seguimos sin saber exactamente qué hace únicos a los ciudadanos de cada ciudad. ¿Cuánto tiempo hay que residir en una ciudad para que uno empiece a comportarse y pensar como la gente de allí?

¿Y dónde empieza esta ciudad psicológica? ¿Hay un punto en el mapa donde las actitudes cambian? ¿Sucede lo mismo a la inversa? ¿Hay un lugar donde los neoyorquinos se convierten de repente en vecinos de Long Island? ¿Habrá en la autopista carteles con una fotografía de Billy Joel avisando a los automovilistas: «Atención: está usted entrando en la zona del estado de ánimo de Nueva York»?

Vivir en la ciudad de Nueva York ¿fomenta un talante agresivo y directo de no andarse con tonterías? ¿Es así como definiríamos el estado de ánimo neoyorquino? Hace poco me contaron que los cariocas (los residentes en Río) tienen una actitud parecida de «Vale, vale, al grano». ¿Es

esto un legado de los diversos estratos de coyunturas históricas que conforman la esencia anímica de una ciudad en particular? ¿Es de ahí de donde procede? ¿Es una visión del mundo que está en constante transformación y evoluciona lentamente? ¿Repercuten la política y las leyes locales en cómo nos percibimos unos a otros? ¿Tiene que ver con la mezcla socioeconómica y étnica, y son determinantes las diferentes proporciones del mejunje urbano, como en una receta? ¿La evanescencia de la fama y del glamour cubre todo Los Ángeles como nata montada? En este mejunje, las comunidades latinas y asiáticas apartadas del ámbito del famoso, ¿se mezclan y conforman en una clase única de fusión sociopsicológica? Esto, y la manera en que la brumosa luz se refleja sobre la piel, ¿hace que cierto tipo de creatividad y de actividades de ocio resulten más apropiados allí?

Quizá haya un poco de mito en todo esto, un deseo de asignar un aura única a cada lugar. Pero ¿no acaba convirtiéndose cualquier creencia colectiva en una especie de

verdad? Cuando una gran cantidad de gente actúa como si algo fuera cierto, ¿acaso no acaba siendo «verdad», no objetivamente, sino en el sentido de que determinará la conducta de aquella? El mito de la singularidad del carácter urbano y de la sensibilidad propia de cada ciudad existe porque queremos que exista.

ciudad de pequeñas fábricas: la vieja y loca
nueva york i

Esta mañana participo en el paseo ciclista Five Boro Bike Tour. ¡Sesenta y siete kilómetros! A algunos les parecerá mucho, pero se tarda poco más de tres horas. Y se hacen paradas. Pensaba que me iba a cansar más, ya que general-mente solo pedaleo para hacer recados o para ir a trabajar

o salir de noche. Aunque pueda sonar manido, tengo la sensación de participar en un evento cívico edificante. Gente de Queens, Brooklyn y Staten Island ponen carteles en sus jardines y animan a los grupos de ciclistas cuando pasamos zumbando, tal como se hace con los corredores de un maratón, solo que en este tour nadie compite. Nadie se fija en quién va el primero.

Los organizadores han cerrado parte del FDR Drive, del BQE, del Belt Parkway y del puente de Verrazano, de manera que los participantes sentimos la emoción de pedalear por una autovía sin tener que parar en los semáforos.

Tampoco hay que preocuparse de los frenéticos peatones neoyorquinos, que cruzan por cualquier parte y en rojo como si emprendieran una misión suicida.

Hay un par de paradas obligatorias para tomar agua, plátanos gratis y galletitas saladas con mantequilla de cacahuete, una en Queens y la otra cerca de la parte de Brooklyn del puente de Verrazano, así que esforzarse como en una carrera para estar entre los primeros del pelotón no tiene ninguna ventaja, excepto, quizá, para conseguir los mejores plátanos.

Se ve mucha lycra, quizá demasiada lycra. Al resbalar por el asfalto, la lycra tiene un sonido característico que ya he oído un par de veces. Creo que, para algunos, lo divertido de estos acontecimientos, o de salir de excursión en bici el fin de semana, consiste en disfrazarse. Un cambio de atuendo que anuncia: «¡Aquí me tenéis! ¡Hoy voy de ciclista!».

Por supuesto, algunos de los tipos (y tipas) que acuden al evento no están a la altura en cuanto a modales ciclistas, o quizá estén tratando de demostrar su hombría, no solo a ellos mismos sino también al resto de la gente. Se ven maniobras agresivas y ridículos acelerones para ponerse en cabeza.

Ya me habían avisado de que la parte más peligrosa de esto iban a ser los otros ciclistas, especialmente los decididos

a estar en el grupo delantero, dondequiera que esté. Ya ni siquiera veo la cabeza del pelotón. El grupo

compacto que había al principio en el bajo Manhattan se estira rápidamente al salir de la isla. (Esto se lleva a cabo provocando un par de embotellamientos intencionados en la Sexta avenida, en la zona centro de la ciudad, para que la expedición pueda circular luego con mayor fluidez.) No es solo con los fardones con quienes hay que tener cuidado. El hecho de que haya tantos ciclistas no habituados a ir en bici, y menos aún a pedalear en un grupo compacto, conlleva inevitablemente cierta actitud distraída que puede acabar en un desagradable choque múltiple. Con todo, lo más importante es la extraña y magnífica sensación de concentración cívica, algo que los neoyorquinos solemos contemplar con suspicacia. Pero así es la cosa: siempre sucumbimos a ese sentimiento que se genera cuando una multitud de gente hace algo junta, con energía, en masa. Tal como ocurre en las primeras filas enfervorecidas de un concierto o en una montaña rusa, una profunda emoción biológica se dispara. Aunque, a diferencia de otras, esta es una multitud amistosa, que respeta complacida las vallas y los conos señalizadores (casi siempre), y que se mueve impulsada por plátanos y galletitas saladas con mantequilla de cacahuete.

La parte más larga de la ruta recorre los vecindarios litorales de Brooklyn y Queens, lo cual da la grata y extraña impresión de que la vieja y loca ciudad industrial que fue en su tiempo Nueva York sigue existiendo. Son barrios formados por una interminable serie de pequeñas fábricas de todo tipo: envoltorios de plástico, cajas de cartón, laxantes, perchas para la ropa, cepillos para el pelo y los tanques de madera para el agua que coronan todos los edificios residenciales de Manhattan. Claro que hay barrios como Williamsburg, que hemos bordeado en nuestra ruta, que se han llenado de galerías de arte, cafeterías y estupendas librerías, y otros vecindarios totalmente judíos o italianos, pero casi toda la zona litoral sigue estando compuesta por decrepitas factorías. Esas viejas construcciones están a millones de kilómetros de los complejos industriales, los campus de alta tecnología y las oficinas centrales corporativas que se ven al oeste (esto es, al otro lado del Hudson). Su escala es reducida, y a menudo son un negocio familiar. Ahí es donde se hacen esos circulillos adhesivos para pegar en las anillas de los cuadernos y esos deshuesadores de manzanas que, al verlos, te hacen pensar: ¿a quién se le ocurrió eso? ¿Quién lo diseñó? ¿De verdad que alguien inventó eso?

Unos días después voy en bici hasta East New York (un barrio de Brooklyn), para ver cómo aplican una capa de pintura en polvo a una de mis sillas artísticas. Se trata de una técnica empleada para pintar objetos industriales, como estanterías y armarios metálicos o láminas de aluminio,

y el resultado es un acabado muy pulido: la idea es que esta silla tenga el aspecto de haber sido producida en serie en una fábrica. El objeto se introduce en una cámara, cuyo interior se llena luego con pintura pulverizada que se adhiere uniformemente al objeto, sin dejar antiestéticas marcas de goteos o brochazos.

Para llegar a ese barrio pedaleo a través de los distintos guetos de Brooklyn: el dominicano, el caribeño, el judío y el negro. Por gueto no me refiero a una zona depauperada, desolada o decadente. Tampoco quiero decir que esté integrada solo por negros o dominicanos. Algunas zonas consideradas como guetos son lugares animados y florecientes. Sin embargo, East New York resulta bastante peligroso.

Hace poco asaltaron aquí a un amigo mío y lo obligaron a entrar en una bodega... ¡para comprarle a un

hombre leche infantil! En sus peores partes, el vecindario me recuerda a algunos de los lugares más lúgubres que he visto en el antiguo bloque soviético: viviendas ruinosas rodeadas por gigantescas y desvencijadas construcciones industriales. (La línea elevada del metro parece no haber sido pintada en décadas.) Estos signos de ruina y decadencia se entremezclan con numerosas iglesias y enormes templos reubicados en antiguos teatros. La negligencia municipal resulta obvia y patente. Nos reímos de Borat, pero aquí tenemos nuestro propio Kazajistán. Tras haber recibido una dosis más que suficiente de visiones

de miseria, decido volver a casa por una ruta panorámica más convencional. Me dirijo a la orilla, que no queda lejos, y circulo por el carril bici que sigue el Belt Parkway a lo largo de la zona costera de Brooklyn. A mi izquierda quedan los pantanos y las marismas de Jamaica Bay. No es exactamente Nantucket, pero también tiene su encanto, y asombra que esté dentro de los límites de la ciudad de Nueva York. Es sábado y hay mucha gente con barbacoas en las áreas herbosas junto a la autopista, e incluso en las franjas medianeras. Resultaría casi encantador si la repulsiva autopista no estuviera tan cerca.

Me paro en un lugar de Sheepshead Bay para comer unos scungilli (caracolas de mar con salsa roja). En la acera hay mesas de picnic, y a través de una ventana se pueden pedir almejas, ostras y diversas clases de marisco. El nombre del barrio, Sheepshead, procede del sabroso pez conocido como sargo chopo, o eso dicen. Antes era muy abundante, pero ya no quedan en estas aguas. También era conocido como brema marina.

Me viene a la cabeza que el otro día quería ir en bici a Long Island City, a una exposición de arte en el PS1, pero era el día de la maratón de Nueva York, y en el puente de Queensboro habían cerrado el carril bici (para los corredores discapacitados, dijeron, aunque estaba completamente

vacío). Así que cogí el teleférico que lleva a Roosevelt Island y pedaleé hasta el manicomio abandonado en el extremo sur de esa isla situada en medio del East River. No se veía a nadie. Espeluznante. Desde la punta de la isla se disfruta de una estupenda vista del edificio de la ONU y de una diminuta isla rocosa llena de cormoranes, algo muy raro de ver en medio de la ciudad de Nueva York.

Tras conseguir llegar a Long Island City, me detuve para tomar un tentempié en un agradable café Hunters Point, y desde el interior observé cómo la brigada de limpieza

de la maratón recogía los montones de vasos y pañuelos de papel que habían sido repartidos entre los corredores.

El amarillo vivo del Gatorade teñía las calles:

parecía como si todos los corredores se hubieran ido meando encima tras ingerir montones de vitaminas. Seguían pasando algunos rezagados renqueantes. Me pregunté si tendría el privilegio de ver a la persona que quedara en último lugar de la carrera... una visión mucho más rara y difícil de determinar que la de quien llegara el primero.

Creo que lo vi. Era un hombre con una cinta multicolor en la cabeza, con barba de varios días, con su número de la maratón ladeado, y pensé que tal vez se estaba fumando un cigarrillo mientras subía por la calle, inclinándose ligeramente hacia el bordillo. Nueva York dispone de un sorprendente número de espléndidos

caminos para bicicleta, que no es lo mismo que carriles bici. Este tramo está en el alto Manhattan y es una ruta que llega casi hasta el extremo norte de la isla, donde, en la mismísima punta de Manhattan, en el barrio de Inwood, se encuentra un hermoso parque. Otra estupenda ruta se extiende por el paseo marítimo de Staten Island y bordea las playas atlánticas de ese municipio. Recorre varios kilómetros, desde el puente de Verrazano y el Gateway Park hacia el sur. No pasan coches y hay un par de sitios para detenerse a comer. Las playas están sorprendentemente limpias, e incluso hay algunas privadas. (Estas no están tan limpias; supongo que no se puede tener todo.)

En Brooklyn, además del antes mencionado sendero a lo largo de las tierras pantanosas cercanas a East New York (por el que también se puede llegar a las Rockaways),

hay un camino que sigue la orilla desde Bay Ridge y, pasando por debajo del puente de Verrazano, llega a Coney Island. Es una lástima que a un lado haya una autopista, pero la vista del puerto al otro lado lo compensa.

Y otro gran aliciente es que, los fines de semana de verano una banda de música latina actúa en el paseo marítimo de Coney Island. la vieja y loca nueva york ii

Paso a saludar a mi amigo Paul, que toca el bajo y canta en un garito del Village, que es bar y pizzería. Arturo's es

una extraña combinación de dos vestigios del pasado: es un bar de jazz, en el que los clientes habituales cantan clásicos y por donde los músicos suelen pasarse después de una sesión de grabación o de un bolo. Es también una pizzería de barrio (hacen muy buenas pizzas), y el lugar resulta agradable, bullicioso y algo caótico.

El dueño, a quien no conozco, tiene las paredes llenas de cuadros con sus pinturas. Hay retratos más bien extraños y algunas escenas típicas del Greenwich Village, con sus encantadoras calles flanqueadas por árboles. Lisa, la hija del dueño, suele estar en el local, y se acerca a saludarme. Le pregunto sobre las curiosas maquetas de aviones que cuelgan del techo, y ella contesta que su padre ha decidido abandonar la pintura y ahora se dedica a hacer maquetas de aviones.

Arturo's es un punto de encuentro de barrio y tiene un montón de clientela habitual. No es la clase de lugar que atraería a exquisitos del paladar y no saldrá mencionado en las nuevas guías modernillas de Nueva York. El piano está justo en medio de la sala, al final de la barra, lo cual obliga al contrabajista a apretujarse en un rincón. A veces se une al grupo un batería con un equipo mínimo:

un pequeño tambor, un charles y un plato. Este se tiene que apretujar al otro lado del piano y casi obstruye la entrada de la cocina. Los cantantes agarran un micro que hay encima del piano y a menudo tienen que esquivar a los camareros o a los clientes que van a los servicios del fondo, en los que hay una bañera. Una bañera grande. Me pregunto cuánta gente habrá caído dentro de ella, o si el personal decide a veces tomar un baño caliente.

Una mujer de anchas caderas se pone a cantar entre aplausos entusiastas. Alguien me explica que es la madre de Savion Glover, el famoso bailarín de claqué. Noto el parecido, al menos en la cara. Lleva el pelo, entre negro y gris, recogido en un moño apretado, como Kim Novak en la película *Vértigo*. Canta un clásico y lo hace muy bien, asombrosamente bien, incluso.

Después de interpretar otra canción, se sienta con unos amigos en una mesa cercana. El pianista le muestra a Paul unas tablas de acordes y luego se sienta en la mesa de detrás de la cantante, cerca de la puerta de la cocina. Entonces desparrama sobre el tablero unas partituras que lleva consigo y se concentra extasiado en ellas. De repente, parece que haya perdido el mundo de vista.

Un hombre llamado Jimmy coge el micro. Poco antes se me había presentado. «Hago la noche de los jueves», fue como me lo explicó. El pelo de Jimmy es difícil de describir. Parece una mezcla de melena hortera y mohicano, pero muy engominado hacia atrás. Lleva una chaqueta negra y una corbata con dibujos de grandes trompetas

amarillas. Canta un clásico (como todos, excepto Paul, que se decanta por temas de Stevie Wonder) y pone toda su alma en ello.

El público de Arturo's, que no es un lugar muy grande, es generalmente una mezcla variada: unos prestan atención al cantante, otros se meten comida entre pecho y espalda, y otros hablan con los amigos. A veces ocurre todo a la vez. No es en absoluto el público ideal para un artista, pero esto no parece disuadir a nadie. Jimmy canta como si lo hiciera ante el público de un gran teatro, en lugar de gente que devora porciones de pizza. Canta para los de la última fila, proyectando la voz; es increíble. Jimmy desaparece un momento. El pianista asiático que lo acompaña tiene los ojos cerrados, así que quizá no repara en la ausencia de Jimmy. Este reaparece con una chaqueta color crema, a juego con el paraguas que también lleva. E inmediatamente se pone a cantar «Pennies from Heaven», y uno deduce que ese es el atrezo que guarda en el fondo del restaurante expresamente para este número. «Ev'ry time it rains, it rains... pennies from heaven», ¡y lanza el paraguas al aire, en medio de la abarrotada sala! Se siguen sirviendo pizzas sin parar y la gente pide vino mediante gestos, ya que, mientras Jimmy canta, los camareros no oyen nada. Nadie parece asombrarse o sorprenderse en lo más mínimo ante el trillado numerito del paraguas. Ahora Jimmy está dando un toque de jazz a la canción, con algo de scat e improvisación, haciendo a veces irreconocible la melodía. En algunos momentos escenifica la letra, juntando las manos en gesto suplicante o sacando a la señora Glover a bailar unos pasitos con él. Hacen una pareja inverosímil. Ahora también lleva puesto un sombrero negro. En un momento dado se apasiona tanto que deja el micro encima del piano, cerca del bote de las propinas, y empieza a brincar, pero a brincar por toda la sala cantando a todo pulmón.